

SAN JOSE, COSTA RICA

15 de Enero de 1914 *Jun*

Año IV



Núm. 73-84

RENOVACIÓN

PUBLICACION QUINCENAL

FALCO, ZELEDON
Y COMPAÑIA * *
* * * * EDITORES



FRANCISCO SOLER,
de los jóvenes escritores de Costa Rica

LITERATURA, CIENCIAS
Y
CRITICA BIBLIOGRAFICA

20 cénts.

056
R4192
C.R.

RENOVACIÓN

PUBLICACIÓN QUINCENAL

LITERATURA + CRÍTICA BIBLIOGRÁFICA

FALCÓ, ZELEDÓN & CÍA., EDITORES

CONDICIONES DE ABONO:

Costa Rica, trimestre..... ₡ 1.00
Extranjero, año..... \$ 2.00 oro am.

ADMINISTRACION:

Esquina frente al Correo — LECTURA BARATA — Apartado Número 638

INTERESA A LOS MAESTROS

— SABER: —

que en la LECTURA BARATA de Falcó, Zeledón & Cía.

Esquina frente al Correo

pueden adquirir las magníficas

Obras de texto y de consulta

que anunciamos en el Boletín Bibliográfico
de la penúltima página.

Allí mismo encontrarán todos los

Textos de la Escuela Moderna

que pueden serles de gran utilidad en sus
tareas. Lo mismo que magníficos Mapas
Geográficos de las diferentes secciones del
mundo.

San José, Costa Rica

15 de Enero 1914

RENOVACIÓN

Año IV

LITERATURA - CRÍTICA BIBLIOGRÁFICA

FALCÓ, ZELEDÓN & Cía., EDITORES

Núm. 73

Salmo de Año Nuevo

Un año más nos halla sobre el campo
con el pendón enhiesto,
batido siempre por las mismas rachas
en la feroz complicidad del medio.
Nuestro vigor, el mismo con que alzamos
el impulso primero,
está en la plenitud de sus corajes
y está en la plenitud de sus empeños.
Siempre distante la anhelada cima,
siempre cercano el vendaval del riesgo,
—el penacho de risas siempre altivo,
y el manojo de rosas siempre fresco—
vamos cantando la canción guerrera
que en sus tambores acompaña el viento,
arrojando semillas a los surcos
y colgando miradas de los cielos.
Y vamos solos, por caminos amplios
o rompiendo senderos
en la maraña, que se obstina a veces
en atajar nuestro arrogante esfuerzo;
y vamos solos, combatiendo a ratos
a los que camaradas se mintieron
mientras que nuestro escudo de batalla
respaldaba sus gestos.

En la ruda contienda
no hemos cedido al adversario un puesto;
que el sol de la victoria en nuestros campos
ha derramado siempre sus reflejos.
Así como a las fuertes voluntades
jamás se enrosca el tedio,
la seductora voz de la inconstancia
en nuestro corazón nunca halló un eco.
Sobre nuestra armadura de esperanzas
rompió sus armas de cartón el miedo.

Se nos llama poetas
porque en alas del estro
levantamos—como águilas triunfantes—

la enorme majestad del pensamiento,
para hacerla caer en fina lluvia
sobre los campos yermos
que increpan, y maldicen, y reniegan
enviando al sol su cálido bostezo.
Se nos llama poetas
pensando que el acento
de nuestra voz, es música de sílabas
con que se arrulla la quietud de un sueño.
Se nos llama poetas...
y el poeta es un centro
de vibraciones múltiples que vienen
de la vida ancestral del universo.
Somos gigante receptor de voces
que llegan de muy lejos...
del fondo de los pozos en que luchan
los hombres cuerpo a cuerpo
con la vida, cadena de torturas
para los pobres parias irredentos;
del burdel, que es presidio de las almas;
del taller, que es la cárcel de los cuerpos;
de todos los rincones de la pena
en que murmura el hambre sus secretos.
Y esas voces poblando de rugidos
las apacibles noches del silencio,
harán que la conciencia colectiva
despierte al fin a un sentimiento nuevo;
porque el dolor social que nos oprime
—al fin dolor—no puede ser eterno.

Tiempos vendrán de gloria para el hombre,
tiempos vendrán de triunfo para el Verbo.
Entonces surgirán, con noble encanto,
del lacerado corazón del pueblo:
como una alba radiante, la Justicia;
como una alondra fugitiva, el Verso.

José María Zeledón

Enero de 1914.

Dos palabras

Es Francisco Soler un joven trabajador en cosas literarias, cuyo nombre ha flotado cuán poco al viento de la novelería.

Su excesiva juventud experimenta todas las inquietudes de una encantadora vivacidad; y nadie al mirarlo con su aspecto de niño caprichoso, le creyera capaz de las brillantes labores de ingenio y de reflexión de que da muestra la conferencia con la que hoy regalamos a guisa de aguinaldo el buen gusto de nuestros lectores.

Hemos deseado empezar nuestra labor del presente año con la obra simpática de un joven escritor de nuestro país que bien merece ser leído y apre-

ciado por sus compatriotas de buena voluntad.

Nuestro juicio acerca de esa conferencia, se puede condensar en estas frases: vale por la bella frescura del estilo en que está escrita y por la intensidad de pensamiento que encierran las parábolas que en él van engarzadas. Fondo y estilo que no desconocería entre los de su descendencia legítima, aquel gigante del concepto que se llama José Enrique Rodó.

Quede así consignado nuestro aplauso entusiasta para la tarea de un joven de todo en todo merecedor de la alabanza y del estímulo.

La Dirección

Para empezar

Este Billo Zeledón del diablo tiene la culpa. Si no insiste, hoy no se publicara la conferencia sobre nuestros buenos amigos los Pecados Capitales, que leí no hace mucho en el Ateneo de la Juventud. El se empeñó. Yo no quería. Siempre he creído que como no sea para dar nuevas ideas u orientaciones, nada debe lanzarse a la luz.

Y las que aquí presento pertenecen al ambiente: son semejantes al casco mitológico pues se amoldan a todas las cabezas. Pero, en fin, esto a nadie importa; ni siquiera a mí. Más viejos son los pecados y cada día adquieren nuevos atractivos!

Francisco Soler

Los Pecados Capitales

La paz se regaba sobre la tierra. Iban las sombras barriendo lentamente, silenciosamente, la fría población desierta, desierta y triste, triste; en calma. Allá, en el fondo de la calle solitaria, perduraban cobardes los resplandores del sol que acababa de caer en la montaña, llevándose, por su peso, la fuerza del día, para dejar el dombo azul en poder del oscuro misterio, ahora rasgado por la luna creciente que ascendiendo como el filo de un cuchillo, partía la negrura, y la deshilachaba en nubes blancas.

Todo era, pues, frío, silencio, sombras; sombras perturbadas de lejanos fulgores; silencio roto a largos pedazos por un lúgubre tañido escapado del vecino campanario que se internaba con cautela en la noche; frío ahuyentado de vez en cuando por el calor de alguna añoranza que pasaba furtiva, rozando levemente el alma a la manera de las golondrinas que dejan con las alas, al golpearlos, ligero temblor en los cristales de las ventanas entonces cerradas al viento, cerradas al amor, cerradas, en fin, a la vida.

Y en aquella hora de recogimiento—madre de la duda sagrada—descendí desde mi balcón, que era un hombro que me sostenía en la altura, para entrar en los jardines de Epicuro, en compañía del viejo Anatole France, convencido, eso sí, de que no había de hallar la fuente destinada a calmar mi curiosidad, sed la más cruel.

Al abrir el libro vi salir, como de las puertas de un antiguo claustro, lleno de penumbra y humedad santamente olorosa, a una monja al parecer hecha de cera, toda blanca; tenía los ojos verdes semejantes a dos esperanzas apagadas ya; y pesaba tan poco sobre las baldosas, que sus pasos no se oían en la inmensa quietud conventual. Era Sor Ana, cuya alma tuvo en el mundo el cristalino y melancólico resbalar de una lágrima...

Andaba despaciosa—la cabeza inclinada; las manos juntas hacían pensar en un corazón sin sangre—tranquila, camino del confesonario. Llevaba, por temor a las flaquezas de la memoria, dobladas las páginas del breviario que la acusaban de cualquier pecado, entre los cuales ninguno asumía el valor de la mortalidad: reducíanse todos a distracciones durante los oficios; vanos pensamientos mientras la eucaristía reanimaba la tragedia universal; sensualidad en la alimentación exigua por cierto, y azás ingrata. Jamás otra falta turbó la armonía de la existencia de aquella buena religiosa que guardó bajo la nieve del hábito de las hermanas bernardinias, la nieve immaculada de sus carnes y su alma de nieve immaculada, hasta que, tísica, cuando aun no contara veintiséis años, al llegar un invierno cruel, siempre menos helado que su existencia, rodó sobre el haz de la tierra, como una lágrima, melancólica, cristalina.

Ni fué buena, ni mala tampoco: no vivió.

En realidad, la vida hay que conquistarla día por día según manda nuestro siglo, al indicarnos la renovación, que de lo contrario caerá sobre nosotros, separándonos de todo como una losa, de donde se deduce

que sin quererlo, nos reducimos a simples cadáveres movedizos, puesto que sólo es concebible el perfeccionamiento en el continuo ajeteo del bien y del mal. Pasar por el mundo sin haber estado en la honrosa sociedad de los siete pecados capitales, es exactamente lo mismo que olvidar el beso cotidiano que debemos a nuestras hermanas, las virtudes desnudas y tentadoras. Porque, es indudable, quien ignora en absoluto el mal, no pondrá por obra el bien. Estará inmóvil, encogido de hombros, sentado viendo correr la existencia, sin derecho a reír de aquel que para despojarse del fango que le ha manchado el cuerpo durante la jornada, se detenga a la vera de un río, temeroso de humedecerse, conforme en la contemplación de su reflejo que la linfa, al discurrir entre las peñas, altera, pero no arrastra. Tan pecaminoso viene a ser rechazar por completo los vicios como las virtudes. Pues de igual suerte se llega a la descomposición del agua estancada practicando el bien en olvido del mal, como rindiendo pleitesía al mal por ignorancia del bien. Recuerdo que Oscar Wilde ha interpretado en mito pleno de gracia, este dolor de palpar las pasiones y no sentir las: Bajo el ímpetu solar que en complicidad del aire violentaba la misión de las cortinas para prestigiar de luz un retablo, se detuvo una mañana Dorian Gray ante su propia laya, recogida hábilmente en el lienzo por un artífice devoto de la verdad. Hasta entonces no supo que era bello. Y claro está, que su sorpresa tenía entrañas de júbilo. Mas he aquí que al punto la filosofía vulgar y superficial vino a entristecerlo. Reflexionó que en él todo había de concluirse. Por manera que el oro de los cabellos se trocaría muy pronto en plata; se enfriaría la azul caricia de sus ojos en cuyos párpados se clavaban las pestañas espesas cual en un acerico; también los labios, a la sazón de orgulloso bermejo, se tornarían en pergaminos donde sólo se leyese la frase del tedio; y la tersa piel se agrietaría como un

viejo muro donde la barba cobrara aspecto de musgo ruinoso. Desesperado invocó a Lucifer que vino con grande apremio y muy solícito. El joven pesimista le ofreció el alma a condición de conservarse recio y flexible, en tanto llovieran sobre la tela que aprisionaba su silueta con toda la avaricia del ansia, los días y los años.

Trotó alígero el tiempo.

El retrato habíase encanecido y arrugado. Gray, en cambio, reía jovialmente en las cortes, escanciando vinos importados de países remotos, en los labios de las mujeres que mayores disputas movían, de quienes el favor más leve costaba la muerte de muchos gentiles. Al cabo, una tarde que sintió en el alma ese desconsuelo de los caserones abandonados, hubo de entrar en la estancia donde la imagen del retablo agonizaba. Horrorizado, blandió el espadín pendiente de su cinto, y lanzóse contra el fantasma górico moribundo.

En aquel instante el estigma de la proyección cayó sobre el cobarde de la vida.

La muerte se acercaba riendo su antipática risa cínica, con ese rictus burlón que le da la superioridad.

Es entonces cuando Wilde acumula todo el espanto en una mueca del miserable que se había petrificado durante un minuto vicioso de la existencia, para erguirse sobre su pasado en la inercia inconsciente de las estatuas.

Sin embargo, el mayor dolor allí no era el de perder la vida, sino el de no haberla logrado.

Porque, precisamente vivir es cambiar la serie de suspensivos que al nacer llenan nuestro horizonte, por una columna en marcha de rectificaciones. Detenerse en un punto equivale a rendirse. Y de igual guisa fué vencido el que hizo de su cuerpo un jarrón para poner en él las flores de los prejuicios que la mucha usanza tiene por virtudes, que el otro que se convirtió en cariátide y sostiene sobre las espaldas los atributos del mal.

Luchando por el propio mejora-

miento, sabido es, se abraza el ajeno. Pero, hay que entenderlo bien, batallar no es someterse a la falsa bondad de las ordenanzas policiacas, puesto que los que de tal modo se manejan, podrán ser, según asegura un pensador del Plata, «hombres hechos con retazos de catecismo y albaquias de vergüenza, pero nunca héroes, ni santos, ni genios».

Poseen la discreción de los postes telegráficos que desconocen el secreto vibrante en los alambres

No se llega a lo excelso por la brecha que abrió la honestidad mediocre disfrazada con el pepló de la virtud. El enervamiento que acarrea la petrificación anímica en el bien convencional de nuestro medio pobre, en nada difiere de la laxitud que impide al vicioso nadar hasta las playas del crimen, pues ninguno de entrambos impulsará el golpe de ala que nos encumbra hasta la altura, y los dos en su impotencia para el bien y el mal, claman al unísono que la vida es demasiado corta, tanto que no logramos alcanzar fin alguno, no siendo en verdad breve ni larga, sino de las proporciones que le demos al desarrollarla, ora vana, ya intensamente. Así la fantasía helénica puso a un niño a recibir de manos de un genio tallado en lumbre que surgió de las tinieblas, el ovillo de la existencia, arcánico, tal, una gota de semen. Luego la ígnea aparición se resolvió en un lampo, y el infante comenzó a desenvolverse el hilo, temblón, inseguro, cual si hiciese la autopsia del misterio. En los límites de una noche fué hombre: brotáronle en el pecho los sentimientos; las ideas en la mente; y de mísero oficiante del penar, pasó a potentado domador de los placeres.

En una sola noche avanzó todo un siglo.

En cambio los siglos pasarán sobre los conformes, desprovistos de curiosidad, sin moverlos, dejándolos siempre en el estado de fósiles morales, mientras sigue la ética cambiando con la misma facilidad que la luz en una piedra de múltiples facetas; por lo

cual afirma un comentarista francés que Jesús de Nazaret fué tan inmoral a la mirada de los israelitas, como lo es hoy Nietzsche bajo la lente de los cristianos.

Los treinta y dos vientos se disputan el imperio de la rosa espiritual.

De ahí que solamente no alteren su condición los honestos, por ceguera; los simples simuladores de virtudes, y los viciosos que pretenden condensar todos los problemas en la fórmula terrible de Claude Farrere: el mayor acopio de goces en el cesto de la perfecta decidia. Tienen ojos y no ven. Llevan la cabeza rígidamente torcida y no les es dado contemplar los árboles que desde el otro lado del sendero envían la sombra amiga. Tienen oídos, pero como se los han tapado con las manos, no os atenderían si les dijérais que las virtudes son vicios que se encerraron en el capullo de la razón cansados de arrastrarse, y volaron después regando el áureo polvo de sus alas.

En efecto, elevemos nuestros bajos instintos, tendámosles en nuestro reino interior las escaleras que les permitan subir hasta bañarse en las infinitas constelaciones que giran bajo la bóveda del cráneo, y los habremos redimido hasta colocarlos de parte del bien.

El ocio, por ejemplo, al que se le atribuye la ilegítima paternidad del mal, amasa el pan cotidiano del espíritu, y no pasa de ser el pastor de los ensueños: su cayado acaricia quedamente el lomo del blanco rebaño. Alienta la esperanza cuando nos recibe en sus brazos, porque reintegra las energías que nos robara el tráfigo embrutecedor, pertinaz en su intento de encerrar el alma en el marco de una moneda.

Es mucha verdad que el sueño nos agota si nos asalta por entero; pero no lo es menos, que mayor fuerza destructiva tiene la actividad práctica, pues que amortilla el cerebro hasta mecanizarlo.

De la mezcla híbrida de la fuerza utilitaria que requiere la conquista de

la vida material, y de la fuerza ideal que reclama el espíritu, resulta, indefectiblemente, la felicidad. Luego la alegría depende de modo directo del trabajo activo, y del ocio reparador.

Quizá sea un razonar semejante el que impulsó a Guyau a enseñarnos a barajar en la vida el movimiento con el descanso, el llanto con la risa, el dolor con el placer, a imitación de los pintores góticos que hacían triunfar en sus retablos la gracia de una flor, al pie de las mártires que empalidecen agónicas, caídos los párpados y exangües los labios que antes fueran las alas de los besos.

Amar la vida en presencia de la muerte, evocar la clemencia en el comercio de la crueldad, llenar de risas el surco de las lágrimas: ya está aquí un ideal.

Ahora bien, se consigue un ideal, cualquiera que sea, en la agitación? No. Nunca. Hay que buscarla en la oscuridad del ocio meditativo, fecundo, supremo.

Meditar es viajar. Y quien viaja va abandonando paisajes, olvidando el perfil de cien horizontes, muere a pedazos. Mas a la vez deja caer los ojos, cual si fuesen garras, sobre nuevos mares, y los entrega al alma como copas en las que beberá, para llenar el vacío de los pristinos desprendimientos, sensaciones no sabidas, realidades que son la carne de la ilusión.

En el ocio, pues, que suele alojarse en la casa de la melancolía, encontramos a menudo el dolor: el dolor apacible de la muerte, y el violento dolor de los partos; pero convertido en goce, puesto que lo que mata es la maldad arraigada en nosotros, para dejar amplio campo al bien.

Nadie mejor que José Enrique Rodó, ha sabido interpretar, en genial parábola, esta metamorfosis diaria del alma: Era un viejo rey cuyo palacio, allá en el recóndito Oriente, carecía de puertas. De todos los puntos acudían hasta él, como un rebaño de ovejas que busca el remanso orillado de briznas más frescas que el aire, las almas sedientas de justicia y los cuer-

pos hambrientos de pan. El patriarca se mesaba las barbas, tan blancas que a no ondular, las tomara cualquiera por mármol, y lo mismo que si sacara de ellas santidad, calmaba a los sitibundos, a fin de marchar después rumbo a los graneros, en busca de alimento para los famélicos. Ocurriósele a un curioso preguntarle en cierta ocasión que dónde había descubierto el secreto de tanta bondad. Y respondió que, a pesar de que todos imaginaban su palacio aseQUIBLE hasta en los más ocultos sitios, tenía una estancia sólo a él reservada, para recibir la visita de una teoría de fantasmas que llegaban con el objeto de guiarlo. Aquel rincón impenetrable era la habitación del ocio. Y escuchándolo allí, el viejo rey recibía buen cúmulo de ilusiones que renovaba todas las mañanas, con el propósito de que no se cansaran en la pesada tarea de devastar los prejuicios que interceptan el camino del ideal.

Ideal! Razón del vivir! Punto final de nuestra misión!

Ya Renán había cristalizado la fuerza del ideal en la historia de aquel budha fosco y magro que tenía la melena blanca y brillante parecida a un deshielo: En una tarde clara y alegre como una sonrisa, devoraba un alcón a una paloma que semejava un jirón de nube, símbolo de ilusiones. El budha no pudo soportar tan sangriento espectáculo. Y ofreció al ave rapaz, en carne de su cuerpo, el equivalente alimenticio, por rescatar la vida de la víctima. Pusiéronse a pesar en una balanza. Pero inútilmente. El platillo contrario siguió abajo aún después de haber sido destrozado el hombre entero, que no se paga con materia la ilusión!

Sustentar ilusiones y adelantar hacia un ideal, es indistinto. Lograr ese ideal es ponerse en la linde de la libertad, único bien que no pueden arrebatarnos los hombres. Por eso Sócrates, cuando apuraba el cáliz que creyeron de cicuta, bebía el divino licor de la libertad. Las cadenas de Epicteto tienen en nuestra época resonancias de himno libertario. Cristo

desciende continuamente de la cruz para redimirnos; el mísero de Asís, jamás fué preso; el Tasso salió de su ergástula y se amparó en la Jerusalem Liberada; y mi amigo Mario Sancho ha escrito que «Cervantes, en la cárcel, se entretenía haciendo cosquillas a los siglos que aun están desternillados de risa»; Verlaine empuja con la pata enferma las puertas del hospital y adentro estalla la alegría de las burlas.

Pierrot es, en la leyenda, la imaginaria manifestación del hombre libre. Nada lo detuvo. Vivió dentro de él mismo. Loco? Eso creen algunos. Yo me conformo con saber que sufría mucho, y con todo, rebosábase en el alma la alegría espumante de carcajadas, donde los vecinos metían para henchirlo, como un vaso en una fuente, el corazón.

A lo largo de la vía, rueda bamboleándose al tropezar en los baches, el carro que lo lleva junto a sus compañeros, por los pueblos rudimentarios que se entristecen a la caída de la tarde, y rezan con la voz de las campanas.

La aurora vuelca su caudal de oro como un legado que hiciera al universo ahora, que sangra moribunda en las sierras.

Pierrot duerme en el fondo del carro, el enharinado rostro desteñido por el roce, en el regazo de Colombina, que también sonríe al sueño, manteniendo sobre un hombro, una mano abandonada. Súbitamente, descuida Arlequín de los mansos animales que tiran del carro, y penetra dando con el pie un golpe hueco, cloeco, que llama al trágico a los reposantes. Empieza para ellos la jornada: el primer saludo es el primer insulto. Colombina se encoje *pacata*: teme los celos. En tanto Pierrot, siempre generoso, perdona, sonríe, piadoso y grande, sosteniendo la mirada de odio con que lo flagela el rival.

Ambos persiguen a la loca amiga. Eso sí, por desigual rumbo. Arlequín desea el alma porque tiene el cuerpo. Pierrot anhela el cuerpo porque es due-

ño del alma. Aquel la humilla rudo. Este restañe las heridas, clementemente.

Mientras el uno recuenta los dineros ganados la noche anterior en el pueblo que moría de murria y su compañero curó, el otro va llenando los oídos de la nómada con la narración sutil que le dijo en secreto la noche, la noche que se expresa con rumores, gesticula con el ademán de las nubes y ríe con la claror de los astros.

Rueda el carro saltando en los pedrones. El bochorno aumenta conforme se ensancha el día. Colombina tiene sed. Está ahogándose. Entonces bajan ambos hombres a la busca del riachuelo que rompe la monotonía del camino. Arlequín por premura recoge el licor en las manos callosas. No así Pierrot que por primor cortó un lirio de los campos y ascendiendo entre las malezas de una vereda imposible, ofrece el segundo su líquido. Ella desdén las manos del querido y toma el agua del amante. Un rayo se retuerce a este punto en los ojos de Arlequín. Ha concebido la venganza. Pierrot lo nota pero no intenta hurtarse; no teme: sabe que nadie le ha de arrebatarse la felicidad que consiguiera en medio de su desgracia.

Llegan a una gruta. Allí Arlequín advierte al compañero que debía entrar hasta el rincón más oculto a recoger ocre destinado a pintar los carteles. Así fué. Entre tanto Pierrot escarbaba las entrañas de la tierra, el enemigo hizo rodar un peñón pesado como la vejez, grande como la voluntad, hasta cubrir la boca de la cueva.

El carro continuó luego tropezando y bamboleándose; de adentro salía un sollozo semejante a un delgado hilo de agua.

Muchas veces salió el sol sin que Pierrot lo viera. Encerrado en aquel socavón, fué presa de extraña locura. Dió en imaginar que una flor pendiente de una grieta era Colombina, la amada: y era flexible y armonioso, el cáliz, el talle; y era vaporosa y ondulante, la corola, las faldas; y eran, breves y delicados los pistillos, los

pies; era el aroma, el decir ameno y embriagador.

Al fin la flor se marchitó. Pero Pierrot, antes que lamentarse, repetía:— Se ha ido, volverá después. Volvió; murió de nuevo. Y el enajenado seguía repitiendo: se ha ido, volverá después.

Al cabo de algunos años el carro de Arlequín y Colombina cruzó otra vez el camino, frente a la gruta. Ella escapó. Por una endrija que supo encontrar, llamó a Pierrot.

Repuesto de la sorpresa, después de varias preguntas, él le pidió que lo sacara. Afuera, y mientras hufan juntos, hizo saber Pierrot a la amante que jamás había quedado solo, pues que en el aislamiento forjó de la ilusión una realidad, y cuando esa realidad le abandonaba, restábase la esperanza: al idealismo no hay castigo capaz de amilanarlo, y la envidia que lo persigue será siempre la víctima en su intento de ser verdugo.

La envidia! La envidia! El vocablo resonó con treinta ecos en los oídos de la bohemia.

La envidia!

La envidia es la enemiga del ensueño. El envidioso es cárcel de sí mismo. Cae a menudo, puesto que tropieza en todas partes, y para levantarse imita al clown, que cuando está en el suelo tira del amplio ropaje con la zurda. Nada hace en la vida. Carece, por irresoluto, de relieve. En su afán desorientado de imitar, sigue las huellas del loco que pintara el filósofo, que iba desnudo por las calles, llevando una pieza de tela sobre los hombros en espera de la última moda para vestirse. No es un hombre. Es un mal reflejo. Aparece, remedando grotescamente en el fondo del espejo donde se asoman los verdaderos conscientes. El remedo le resulta siempre simiesco: su ansia no lo conduce a ser una realidad, sino a parecer una sombra, porque prefiere fingir, a existir. Jamás vuelve los ojos hacia adentro. Sabe que en su interior encontrará muy pocas fuerzas. Y éstas las mide siempre al rasero de las ajenas. No va más allá de cero su valor intrínseco. Pero él tiene el tacto

de colocarse a la derecha de algún guarismo crecido. Por eso se preocupa de la opinión en que lo tengan los demás; págase de los elogios de la prensa y se infla con las alabanzas de las comadres del vecindario. Como no puede erguirse, trata de denigrar. Así cree que todos quedarán a su misma estatura moral, sin acordarse de que quiera ha sido puesto en cuclillas, le sobrepasará en el momento en que empiece a molestarle tan incómoda posición. El mayor de sus dolores es el bien ajeno, lo cual lo induce a quebrarse en elogios de los miopes y rebajar a quienes poseen, en la altura, mirada aguileña. No concibe más sabroso placer que el mal del vecino porque le da ocasión de igualarlo en cierto modo. Mas, para hacer daño, nunca emplea la injuria, que al fin requiere algún valor opuesto a su pálido miedo; no, la maledicencia subterránea es la más filosa de sus armas: la calumnia lo eleva.

En ninguna ocasión ve hacia la lejanía incógnita. Anda de espaldas, mirando hacia atrás, y con el objeto de evitar caídas, lleva un cristal luciente que le concede adivinar una ínfima parte del horizonte. He aquí por qué ama el triunfo efímero. Sería incapaz de gritar con el poeta:

la adversidad podría
quitarme el triunfo, pero no la gloria.

Ama el triunfo efímero porque es fácil de conquistar, como que lo da el vulgo, porque es una mentira que aporta vanas creces como todo lo que da el vulgo. En cambio, la gloria es el licor de los elegidos. La dan los elegidos a fuerza de esfuerzos. La dan sin regateos. Pero tarde. Amar el triunfo plebeyo, es tanto como esperar limosnas morales: el envidioso es un mendigo. De tanto recibir la caridad anímica forma capital. Sólo que se olvida de que la sociedad se cansa pronto de dar y entonces tiene que gastar lo acumulado hasta quedar en la inopia puesto que le faltan músculos mentales para conservar la fingida riqueza. Entiende que nada puede girar al porvenir, lo cual, pues, lo obliga a aceptar lo que

quieran darle en la moneda relativa del espíritu.

No anhela ser bueno. Tampoco malo. Necesita parecer, parecer magnífico, resaltar por menos oscuro sobre la negrura del descrédito de los próximos.

Tiene resplandores de juego piro-técnico, una vez apagados sólo queda de él la armazón buida y negra.

Al envidioso, Tartufo le enseñó la cartilla.

Y no se aparta un punto de la orientación de aquella sombra maléfica, en la que Moliere puso las palabras más bellas encubriendo los más asquerosos actos.

Ha hecho este cálculo que sólo en su mente, basurero de todo lo bajo, tiene valor. «Es verdad que mi hermano está mejor constituido cerebralmente que yo, pero en cambio, yo gozo de más extensa honestidad».

Y allí teneis que a nadie cede moralidad, en vista de que los hombres de veras grandes y libres se ajustan al dictado supremo de la Naturaleza desechando el reglamento de convencionalismo que la canalla intelectual ha forjado para uso propio, y al que quiere someter, en vano, a los que huyeron de ella a grandes pasos, con los sancos de la superioridad.

Para el envidioso nada existe excelso. A los hombres divinizados los juzga de esta manera: Sócrates fué un imbécil cuando se envenenó; Epicteto un enano erguido en la punta de los pies; Cristo un judío vendedor de parábolas; Francisco, el de Asís, un loco que como dió lo que tuvo pudo haberse echado el trabuco a la cara si el desequilibrio le ataca otra circunvalación; Cervantes un ladrón; Verlaine un borracho que un cortejo de bohemios pretende sentar a la diestra de Homero.

El envidioso carece de amigos; tiene; sí, a más de la odiosidad común, un enemigo formidable: él mismo. Por eso esquiva la soledad; la odia. Y al buscar el trato social se hace el vacío porque envenena, sus labios destilan veneno. Ha confundido la ironía que es la espuma de la gracia, claridad que

denuncia al ridículo, con la insidia, dentadura de la infamia, que quisiera deshacer a pedazos cuanto la humilla; y nada hay que la enaltezca.

Pero esta confusión no es extraña, dado que en el tamiz del envidioso se alteran los más opuestos sentimientos. De tal suerte, siendo vergonzosamente susceptible, se cree delicado, porque ignora que entre la susceptibilidad, característica de los débiles, y la delicadeza, compañera de los fuertes, hay tanta distancia como entre la vanidad de los sandios y el orgullo de los razonables, y más de la que se necesita para ir de la lascivia de los neuróticos hasta la lujuria de los normales.

La delicadeza de los gentiles, que ponen un grano de locura aun en la sombra de las cosas, tolera, es indulgente, perdona. La susceptibilidad de los jayanes, que sintetizan el vivir en un gesto grave, gesto de piedra que suele conseguir éxito, es vengativa, es cruz a la par de la primera, que redime

Ved al envidioso en la lucha. Desea ser grande, y algo más, inmenso, perder la lividez y la magrura de su silueta angulosa, que no difiere de su pensamiento magro y lívido. Pero no para hacer el bien, sino para vengarse de su inferioridad, realizando el mal.

Es planta rastrera. Al fin el suelo le cansa. Entonces pugna por elevarse. Más como es tan feble que el viento lo quebraría, se enrosca en cualquier árbol gigante, y, robándole la savia, llega hasta las ramas, abiertas para abrazar la luz, y desde allí se descuelga hasta morder de nuevo el fango.

Niestche asegura en medio de un cúmulo de razones y sinrazones puestas en boca de Zaratustra, que los hombres se parecen a los árboles en que cuanto más se acercan a la claridad celeste, más internan las raíces en lo oscuro, en lo sucio. A esto se puede responder, afirmando que tal son los inferiores, que a la inversa actúan los escogidos, quienes del negro fondo de la tierra, sacan el gayo matiz que ha-

ce explosión al reventar las flores. Cuando el envidioso se esfuerza por adquirir algún conocimiento, no lo enseña, se goza en la ignorancia de los restantes, con esa maldad del avaro que ve morir de hambre al pródigo.

Sólo que en el avaro se adivina, sin que él se dé cuenta, vaga sed de ilusiones. Advierte que el oro hacinado representa gran parte de la felicidad, mas la desdigna inconscientemente, poniendo el esguince del viejo seductor que a fuerza de recibir desengaños los equiva. Mientras que el envidioso sabe que su ciencia de nada sirve oculta. Sin embargo, le molestaría que alguien agregara a los suyos otros conocimientos.

Yo los he visto juntos. En una mesa de juego, verde tablado donde entran en rol las almas desnudas. Aquí está un jugador. En frente, un avaro. Al otro lado, el envidioso que acaba de ser despojado, contempla. Las lámparas acusan francamente las fisonomías que se pliegan acres o sonrientes a la fortuna veleidosa, que a la sazón coquetea entre el avaro y el jugador. El instante supremo llega. Ruedan los dados, minúsculas cajas de caudales cuya combinación de puntos buscan ambos. Todo es silencio. Las tres miradas son gonzúas que forcejean. La suerte se decide por el jugador, quien sonríe displicente, convencido de que no era posible otra solución, sintiendo sincero y profundo desdén por las monedas que recoge: no le importa ganar. Al mismo tiempo el avaro retrocede en su silla, agriétase la frente, el ceño amenaza, la nariz se le prolonga y se le hincha, maldice y por debajo de la mesa contrae una mano hasta hundirse los dedos en la palma, semejantes a colas de alacrán. Vuelven a correr las monedas sobre el tapete, cantando una canción lujuriosa que obliga a amarlas. Venció el avaro! Ríe, despierta, y después de atraer el montón, se frota las manos bajo la mesa. En tanto el jugador de pura cepa, esboza una sonrisa displicente, sintiendo sincero y profundo desdén por el dinero que se aleja, en la garra, sin

tiempo de hacer una reverencia: no le importa perder, como no le importó ganar. Está allí a caza de emociones. Cuando gana, tiene el aplomo satisfactorio que trae consigo toda victoria. Si pierde, se hace el cargo de haber comprado a muy alto precio algunas sensaciones que necesitaba. El avaro juega por ganar. El jugador juega por jugar. Acepta el juego bajo las mismas condiciones que a sus amigos, con todos sus defectos, porque en él lucha, cambia, se renueva en un segundo, es ya un paria, luego un potentado. Vive en una hora muchas vidas.

A todo esto, el envidioso, los codos en la mesa, la cabeza entre las manos, sufre y goza. No está a favor de ninguno. Se pone en contra del que gana porque cuanto más dividido esté el capital en circulación, más cerca se hallará él del uno y del otro. Su vida es entonces intensa, intensamente mala; despliega su bajeza como una bandera que clava aquí y allá, en ocasiones vencida, a veces triunfante.

Y a tan maligno ente, que finge una mueca cuando intenta dibujar una sonrisa y llora la desventura de su infinita pequeñez, procurando no dejarse ver sino bajo lentes de aumento, la Iglesia lo mezcla — de modo torpe — con el orgulloso, y los condena a igual castigo, sin querer entender que si la envidia es un crimen, siendo el orgullo la antítesis tiene por fuerza que ser una virtud.

Así como el envidioso vale cero y si lo sacan de la combinación social queda reducido a nada, el orgulloso tiene un valor que fluctúa entre uno y nueve, y es claro que si se halla en el lugar de las decenas, procurará mejorar hasta subir a las centenas y los millares, pero de todas suertes es imposible restarle la propia significación aunque se le aisle.

El orgullo es la virtud que nos ayuda a conservar nuestros ideales, del mismo modo que la pereza nos fortalece al crearlos.

La primera condición que se requiere para ser orgulloso, es haberse elevado sobre el nivel común.

El orgulloso vive solo, nada pide si no se cree con derecho a ello. Podrá tener eclipses como todos los soles, pero jamás tendrá noches, como los parias que viven a la manera de los planetas, recibiendo luz de aquéllos.

El orgullo es el adversario más fuerte de la vanidad.

Para el hombre que lo posee no hay ofensas. En amor, si lo defraudan, perdona. Muéstrase tolerante si lo engañan en el canje de los hombres, mientras el vano humilla o mata, violentando las leyes naturales.

Ahí está, cabalmente, el fundamento del orgullo: en la aceptación total de las leyes naturales.

El orgullo nos enseña a saber que si estamos conformados para brillar en rojo como los rubíes, no podemos despedir nunca el resplandor verdoso de la esmeralda; lo cual no quiere decir que no nos rebullamos hasta dar al rayo solar la arista que más destelle.

El orgullo nos presta la clave de nuestras fuerzas, nos enseña a aquilatar nuestro valor y nos concede fe en los trances supremos.

Para el orgulloso el fracaso no existe, es valiente en la adversidad y cuando el infortunio le viene, hace lo que hacen los bañistas de la playa, quienes al aproximarse la ola se agachan y luego resurgen sin haber sido arrasados. Si en algún intento se frustra, comprende que no estaba conformado para llevarlo a cabo; y se levanta con más fuerza, como Anteo.

Se ha evocado oportunamente un rasgo de don Quijote, el sabio Maestro del vivir alegre. Miradlo. Regresa vencido de Barcelona, caballero en los huesos de Rocinante. A la zaga Sancho, el bonachón, lamenta la muerte de su esperanza de dominio, pero se acaricia el abdomen pensando que muy pronto lo llenará con el puchero que para recibirlo ha de preparar Teresa, tan hacendosa y esmerada. El viejo hidalgo está sordo; no oye. Acaba de clavar la vista en unos pastores que llevan el rebaño al aprisco, allá en el fondo de un vallado. En la

somnolencia del crepúsculo concibe una idea que cruza por su mente con esa melancolía de las aves que se retiran hacia el nido. Es verdad que lo derrotó el caballero de Blanca Luna, y tendrá que abandonar las andanzas aventureras sin deshacer más entuerros, ni remendar desaguizados. Pero ya tiene en qué emplear sus energías. Será pastor. En adelante va a levantarse a la del alba, con el canto de los gallos, para ponerse tras su rebaño. En vez de la lanza, el cayado en la mano; el jamelgo en la cuadra, pero tendrá por compañero al mastín.

Tal es por cierto la primera ventaja del orgullo. La facultad que nos permite ver a tiempo la hora en que debemos cambiar la lanza por el cayado, una vez medidas nuestras fuerzas; que obrando así, las empresas más áridas no requieren mayor desgaste que el que emplea un yangués al hacer bolas de pan entre vianda y vianda.

El orgulloso podrá dudar un segundo, pero prosigue. Está convencido de que su fuerza ha de tener alguna aplicación.

Por eso cambia siempre la tendencia de las circunstancias en la persecución del fin único:

El viejo sembrador removía la maleza bajo la ira del sol, enterradas las pupilas en el surco, encorvándose junto a su larga sombra que al moverse tenía silente cansancio de camello. Desde que la alborada empezaba a bajar por los cerros daba golpes fecundantes sobre la tierra, duro y amargo como si fuese tallado en un cedro secular, hasta que a la caída de la tarde se nubla el campo. Nada lo fatigaba en la soledad inclemente, donde vivía mudo, sin más odio que el de la noche vagabunda que cuando no colgaba del ramaje de nubes la luna cual una gota de rocío, cerrábale el camino del trabajo.

Pero con un verano hostil llegó a sus predios un pájaro glotón, ladrón de simientes que por ser oscuro, muy oscuro, desgranaba luz al cantar. Entonces perdió la calma. Ahuyentábalo lazándole guijas. En vano. El pájaro

volvía. Llevábase los granos y dejaba rumores en los árboles.

Alcanzólo por fin el viejo.

Y cruelmente le sacó los ojos.

Nunca como en aquella sazón fue tan miserable la cosecha, antaño propicia. El labrador desalentado, en la certeza de que moriría de hambre, se aisló en su tedio. Todo era sombrío, más que la noche odiada. Sin embargo de pronto cayó en su alma el canto del pájaro ciego, torpe saltarín entre la maleza: era suave y de plata, alegremente triste, canto de sombras del mismo modo que antes lo fué de luz, sonoro y áureo. Así supo que del dolor se podía arrancar la felicidad. Por contrarios que sean los senderos convergen siempre en nuestro punto. La noche pareciale ahora el ánfora de bronce antiguo, labrada de estrellas, donde pone la aurora rosas de fuego.

Así, con el propósito de volver en mejores tiempos, a sembrar la tierra en cuyo seno los pájaros regarían al modo de semillas espolvoreos de música, emprendió la marcha en busca del poblado, bajo la luna que babeaba los árboles que en las tinieblas parecían hechos de miel cristalizada.

Ese pontífice a quien tanto debemos los jóvenes de América, José Enrique Rodó, expresa con voz de aliento, rumorosa y prometedora cual un trugal, cómo la destrucción mementánea de nuestras ilusiones, puede ser motivo de más altas conquistas, cuando llena de alegría con su triunfo al gamín que paseó victoriosa una flor puesta en la copa que le daba el ritmo de su vibración y, enmudecida porque la hincheron de arena, produjo singular tristeza al artista que hubiese llorado si no logra cambiar la armonía del sonido por la armonía del matiz.

Hay que hacer notar que el chicuelo se encontraba solo. A no ser así, no sabemos si hubiese sido víctima de la vanidad, y antes que dar más eficaz empleo al motivo de su entretenimiento, lo rompiera en mil pedazos contra los guijarros.

Para robustecerse, para crecer y avanzar hasta el logro de una ecuani-

midad que nos permita mostrarnos tolerantes, según el espíritu del siglo, piadosos en los deslices de nuestros compañeros de viaje, magnánimos con los que lo han menester, es preciso mantenerse en orgulloso aislamiento, sin medirnos jamás en relación con aquellos que nos rodean porque quien lo hace, renuncia en parte a él, pierde la brújula del singular para enrolarse en la maraña del plural, y pasa de la calidad verídica del sustantivo, a la secundaria y circunstancial del adjetivo; cambiando su figura por una proyección, como hizo el can de Eso-po, que soltó la presa que llevaba en el hocico para lanzarse sobre la sombra.

El que pretenda que un reflejo no mienta, se engañará a sí propio: Aquella mañana descendió, pausado, meditando, al lugar bendecido de penumbra donde se ovilla el río en remanso, el leñador desengañado que hacía cuatro noches que no pegaba las pestañas, viendo medrosos fantasmas como los anacoretas que poblaron el arenal. Era su demencia saber, interrogando al agua, al contemplar el lineamiento de su porte, las razones que inducían al vecindario a rechazarlo, y provocaban los desdenes de la moza a quien abriera de par en par las puertas de la imaginación. Y el agua glotona se tragó su imagen, para hablar, en seguida, en favor de los rizos que cayendo sobre la frente ebúrnea, tomaban tan negro afán, que excedían con mucho el brillo de los ojos, quietos dentro del marco del rostro terso, interrumpido apenas por el relieve de la recta nariz, y la rasgadura de la boca en la que se coagulaba la sangre. Entonces, ¿por qué la repulsa, si era hermoso y gallardo? Esta idea lo clavó en la ribera, mucho tiempo, hasta que vino a sacarlo de su éxtasis un viejo vendimiador que así como escuchó sus lamentos, rió y expuso:

—Cosas halagüeñas te dice el agua. ¿No es verdad? Pues bien, no te fíes, que siempre se expresa caprichosamente, desconoce la verdad pura. Fí-

jate. Voy a lanzar este pedruzco. ¿Qué ves ahora? Ah! que tu rostro se ensancha hasta ser digno de monstruos, que tu cuerpo se dobla cual si todos los huesos se te hubieran quebrado! Sin embargo, hace un momento te veías bello. Una piedra ha bastado para deformarte, y habría sobrado con el caer de una hoja, o el sople de la brisa. Escucha; cuando quieras conocerte, cerciorarte por el tacto, no preguntes, que el agua no dista del criterio vulgar. Empieza por tomarte invertido, los pies en el lugar de la cabeza, la cabeza abajo; y cuando menos lo pienses una ráfaga de envidia, el golpe de un prejuicio, te deformará, imposibilitándote para todo, tornándote infecundo. Yo también me miré en los ojos de las mujeres, claros y dulces como las primicias de mi viñedo, y me busqué en las palabras de los hombres, acres como los fermentos de mis cubos, pero ahora estoy seguro de que debemos consumirnos en nuestro propio fuego a la manera de la leña que tú robas a los bosques, para ser fecundos. Sube al pueblo y entrégate por entero; pero no les preguntes nada. Ellos te recibirán sin agradecimiento, porque los humillas con la limosna de tu ser: sé fecundo.

Y el mozo se fué camino arriba, entonando una canción más alegre que el vino, canción que se perdía entre las frondas del bosque con la cadencia de la leña que arde.

Andando el tiempo, a creer a la tradición, el leñador vivió feliz: Habíase multiplicado y sus hijos nunca consultaron al remanso hasta dónde eran imperfectos.

Multiplicarse es crecer. Nuestra civilización nos ordena crecer multiplicándonos, y nos encierra en los límites de la delincuencia, en el momento en que más esfuerzo hacemos por cumplir con el sagrado precepto, de indiferente modo que si nos ofreciera castigo por defender nuestra vida.

La lujuria no es sino la esteriorización del instinto de conservarnos, tomada en el criterio demagógico, y en

sentido bajo, por lascivia: Schopenhauer explica aquel verso de Calderón que reza: "Nuestro peor crimen es haber nacido", diciendo que al engendrar no hacemos otra cosa que prolongarnos, y por ende, somos padres de nosotros mismos, siendo nosotros mismos en nuestros hijos. Y allí, cabalmente, me baso para gritar a voz en cuello que el primero de los méritos que tenemos derecho que se nos reconozca es el de existir y también que el infecundo es tan despreciable como el suicida.

En efecto, el espasmo de la lujuria es en un segundo de muerte, un pedazo que nos arrancamos para que, tomando vida, nos continúe a través de las edades.

No quiere decir esto que abusemos de nuestra sangre dando más de lo que nos permitan las venas. Porque haciéndolo perdemos el presente y falseamos el porvenir. Mas no adulteremos la idea de la castidad, la castidad que parece el reglamento de la lujuria, con la idea del renunciamiento en que cayeron los primitivos cristianos.

¿Qué torturadora hubiera sido la tristeza que sintiera Sor Ana, la monja que salió del libro de Anatole France, como de un convento, si, llegada a vieja se hubiese evadido para ir en

busca de sus familiares olvidados había tantos años, y los encontrara en medio de la prole, a la hora del ágape, golosos y fornidos, alegres y buenos, mientras ella, hambrienta, enjuta, iba sin hacer nada sobre las baldosas de los corredores, donde no se ofan siquiera sus pasos leves!

Ponedla frente a Thais, la cortesana que despidió al flautista de su puerta, por irse en pos de un senobita enamorado.

Ambas van a hacer el balance de la vida, al empezar a caer la noche sobre el cielo como un párpado que lo privara de luz.

La cortesana, convertida por milagro del amor, se rebulló, vivió en la bacanal, oyendo la razón de los arrianos que defendían de los adulteradores, la memoria del Nazareno; sonriendo con los irónicos, sufriendo con los escépticos, corriendo con los optimistas tras la alegría; amando a los gentiles, y, ya en oleo de santidad, viene a morir con la lenta agonía de una lámpara que se apaga.

La otra, la que nada supo del mundo, bien pudo no haber nacido, fué la tristeza, rodando por la vida como una lágrima, silente, cristalina.

Francisco Soler

Año nuevo

Año nuevo! No por cierto para mí. Al oír esta frase se siente que en el fondo de ella palpita algo así como el ansia de una renovación, y en mí nada me hace desearla ni entreverla.

El color del día me es familiar. En torno mío, la monotonía que crea el hábito; y en mi interior, el mismo murmullo que ha días produce la vida al correr sobre los sentimientos que un hecho transcendental despertara en ella.

Mi Año Nuevo comenzó ya hace unos cuantos meses. Una circunstancia apostada en el camino cambió mi rumbo una noche; y cuando por la mañana abrí los postigos

de mi ventana, el día me pareció de un color diferente del que hasta entonces había tenido para mí. El sol vibraba sobre los tejados y en el aire ondulaba la esperanza. Entonces yo me dije:

—He aquí mi Año Nuevo. Y en efecto mis días comenzaron a agitarse en el ritmo que aun perdura.

Hoy muchas bocas cantarán para mí el «Feliz Año Nuevo» y más de un corazón me lo deseará de veras. Si yo les dijese: son inútiles vuestras palabras y vuestro deseo, pues que para mí el Año Nuevo principió en un dulce día de mayo, me mirarían extrañados y se alejarían sin comprender.

Cuando amaneció el día en que ví la luz vibrar sobre los tejados y la esperanza ondular en el aire, porque había cambiado el cristal de mis antiparras, ninguno de estos labios se abrió para decirme: «Feliz Año Nuevo». Sólo yo lo sabía. Y cuando otra circunstancia venga y ponga ante mis ojos el cristal ahumado que fabricara el dolor, y al abrir los postigos de mi ventana vea el día de un color ceniciento, aun cuando el sol deshilache su oro con profusión en torno mío, nadie sabrá que es entonces cuando en mi vida se ha iniciado un nuevo año.

Así meditaba en esa mañana de Año Nuevo cuando entró uno de mis amigos.

—Año Nuevo? No para tí ni para mí—dijo quedándose pensativo. Y has pensado—continuó al cabo de un rato—en esas criaturas que apenas si pueden haberse dicho una o dos veces en su existencia: Año nuevo, vida nueva!

—Déjame pensar en voz alta—prosiguió mi amigo.—Déjame exponer un poco al sol mi tristeza. Yo mismo, desde hace unos cuantos años, hago una vida uniforme y siento una especie de enervamiento que me impide bajar al fondo de mi sér y buscar si esta monotonía en que vivo es solo aparente. Transcurren las semanas, los meses, los años, y los días son tan parecidos que se diría van siendo vaciados en el mismo molde: la misma hora de levantarse, el mismo camino, el encuentro con las mismas personas cuyos rostros expresan siempre la misma inconciencia; el mismo trabajo, siempre cifras y números sobre un papel amarillo y siempre la miel de los mismos cariños. Quieres creer que a veces siento rencor hasta con mi novia? Me cansa con su eterno gesto de enamorada rendida. Pobre muchacha! Encontrará a menudo en mí algo nuevo, que no la he aburrido? Ah! las mujeres están hechas para el amor; saben sacar partido de él. Cuando tienen este ovillo entre las manos, aun cuando el hilo es todo igual, tejen con él encajes y arabescos tan variados y fantásticos que ya tienen para toda su vida.

Descansó un momento y después continuó:

—Va mi amor a fuerza de rodar por el mismo riel en que suele rodar en estas ciudades de provincia, no tiene novedad para mí. He aquí un amor convertido en hábito. Y te aseguro que es doloroso vestir así este

sentimiento; tan doloroso como ver el bello y frágil cuerpo de una doncella, envuelto en la estameña del anacoreta.

Cómo odio el hábito! Acaba por destruir las aristas de nuestro yo y borrar sus perfiles. ¿Sabes qué efecto he acabado por hacerme yo mismo? El de un retrato enmarcado en todo esto que me rodea y colgado de la vida.

Sin embargo estoy joven y aun puedo esperar. Pero esas vidas sin juventud ya, y en las cuales los hábitos han terminado por ahogar las pasiones y el menor signo de vitalidad espiritual, vidas que parecen llevar escrito en la frente por aviso de todo lo externo que pretenda entrar, el «Lasciate ogni speranza voy che entrate» del Dante? Puedes imaginar nada más desconsolador?

—Mira—me dijo alargándome unas cuartillas.—Anoche sentía deseos de cristalizar mis sensaciones y me puse a escribir.

Yo leí:

«Estoy solo en mi cuarto. Todos en casa se han acostado, pero los siento despiertos con el pensamiento en vigilia en medio de la oscuridad y el silencio que reina en sus habitaciones. Qué esperan? Que el reloj y el cañón les digan que ha comenzado el Año Nuevo.

El viento me trae el sonido metálico de la música que toca la banda en el parque y los gritos de la multitud que se divierte.

Por qué no duermen mis viejas tías? Qué esperanzas palpitan en sus corazones que cuentan tantos años? Bien sé yo que ninguna. Sus ojos de color ya indefinible me lo tienen dicho, sus ojos en los que hay el frío que se siente al mirar por las ventanas de las casas abandonadas.

Mi hermana Juana de Dios que cuenta dieciocho años, también está despierta; pero ha dejado su lámpara encendida y junto a la lámpara, una rosa encarnada canta en un vaso la canción de la belleza y de la juventud.

Que ella no duerma, en espera del Año Nuevo, no me da dolor porque Juana de Dios tiene dieciocho años, las mejillas frescas y unos dulces ojos color de pizarra.

En la ventana de la casa que está frente a la mía, veo luz. Es la ventana de aquellas hermanas costureras, cuyos días se deslizan entre una penumbra que me apena.

Desde mi silla veo sus perfiles pálidos de

virgenes necias que no acudieron a tiempo con la lámpara de su corazón al banquete del Esposo. Qué tristes son sus rostros inclinados sobre la tela que cosen! Para ellas, ¿el año que llega traerá algo que signifique renovación de vida? Acaso hay alguna ilusión velando entre la paz de sus almas de resignadas?

Seguramente no.

Ya la hermosa juventud pasó junto a ellas, pero sin deshojar sobre sus cabezas los pétalos del amor. Estaban tan silenciosas y se recataban tanto en la oscuridad que ella, la juventud las confundió con las sombras. Cuando florecieron sus vidas fué en la soledad y ningún pájaro vino a cantar sus sonatas de Primavera entre sus ramas. Pasaron su niñez en un hospicio de huérfanos. Vestido de uniforme; despertar, rezos, comidas, a toques de campana; sus lechos de vírgenes perdidos entre una fila de lechos idénticos...

Su Año Nuevo fué un día ya muy lejano en que salieron del sombrío edificio y vinieron a vivir frente a mi casa. Desde entonces giran en una existencia, cuyo ruido he acabado por percibir. Me parece el ruido que hace una rueda al girar sobre su eje. La pequeña sala nunca ha cambiado de aspecto: las sillas siempre alineadas simétricamente junto de la pared y en las que nunca se ve un grano de polvo; la mesa sobre la que luce la estatua de la Purísima con su manto color de cielo y siempre sonriendo a través del fanal que la protege de las inclemencias del tiempo; los mismos cromos infantiles en las paredes y el espejo de marco dorado envuelto en una gasa, cuya superficie brufida ha sido el único ojo que ha seguido el paso de los días sobre esos rostros.

Todas las noches desgranaban con el mismo gesto las cuentas de sus rosarios y cada martes una de ellas, la menor que hace muchos años está física, da con su mano enflaquecida y color de cera, una limosna a los mendigos que llegan a la puerta. En los otros días no dan limosna.

Qué fué de esas juventudes? Pasaron silenciosas, pisando sobre las puntas de los pies para no hacer ruido en la vida y que nadie dijese nada de ellas; y entonces la Alegría de rosadas mejillas les dió su triste adiós.

Son también cuadros colgados de la vida,

pero en los cuales el hábito ha borrado los sentimientos, las pasiones, existencias a las que hasta la emoción suave que siente el que alarga al necitado un pedazo de pan, les está negada.

Cuando han repicado las campanas y el cañón ha retumbado, las he visto levantar sus cabezas y sonreír una a la otra, tristemente, resignadamente. Sus labios se han abierto y he adivinado las palabras: «Feliz Año Nuevo, hermana»!...

También he oído a mis tías removerse en su lecho y murmurar con sus voces cascadas: «Feliz Año Nuevo».

Sólo una voz me ha hecho sonreír: la vocécita musical de Juana de Dios; esa sí sonaba a Año Nuevo, a Vida Nueva. Cuando la besé en la frente le dije con toda mi alma: «Feliz Año Nuevo, tú!»

Me pareció que sobre su corazón, la esperanza, como en su trípode la pitonisa, le decía la profecía del Amor y de las Ilusiones».

Yo, con las cuartillas de mi amigo entre las manos, me quedé pensando en las vidas para las que apenas si hay un Año Nuevo mientras pasan por la tierra, y en esas otras vidas amablemente inquietas, llenas de fecundas renovaciones.

Carmen Lira

La Empresa Editorial de Falcó Zeledón y Cía., tiene en proyecto editar una serie de obras nacionales, dando así una amplitud cuyo límite no puede calcularse, a la obra de cultura que se ha impuesto.

El favor del público será quien demarque los horizontes de este esfuerzo.

Abrirá la serie el libro de artículos de *Carmen Lira*, la más joven y al mismo tiempo la más dulce y conceptuosa de nuestras escritoras. Luego seguirán los cuentos de Rubén Coto y los poemas infantiles de Billo recogidos en un tomo que se llamará *Jardín para niños*.

Con el fin de conocer con alguna exactitud el número de ejemplares que debemos tirar de cada obra, en otro lugar de esta revista insertamos un cupón que se servirán llenar y remitirnos todas las personas que deseen ser consideradas como suscriptoras.

El precio de cada tomo será un colón aproximadamente, o menos si nos resolvemos a hacer la edición en el extranjero.

La próxima lucha

Después de la batalla, todavía sudorosos, jadeantes y empolvados, rotas en jirones las insignias sobre sus pechos, se sentaron los combatientes sobre la última muralla que fue teatro de la postrer pelea.

Iba muriendo la tarde, y el sol ponía tonos de oro y púrpura sobre la campiña, dormida siempre a esas horas del atardecer, y los soldados se miraban unos a otros, como queriendo encontrar cada uno en el rostro de su compañero, los gestos de furia y maldición que los hicieron adversarios en la lucha. Uno, con los puños crispados, dijo: y qué? Esto y para esto es la lucha? Qué conquistamos? y cayeron sus preguntas en la mudez de las almas de sus compañeros, con el callado silencio con que cae un rayo de luna en la tersa superficie de un riachuelo.

Mañana—dijo otro—será de nuevo la brega del campo y del taller, y los brazos que dispararon arcabuces parricidas, se ayudarán para mover el arado, para levantar el muro, para majar el hierro. Y volvió a brotar el silencio de sus almas—pobres almas proletarias—como un incienso que fuera hasta un cielo que tampoco escuchó nunca sus tristezas.

Se fueron borrando los tonos de oro y púrpura de sobre la campiña; y cuando llegó la noche encontró a los enemigos de ayer, reunidos, en la fraternidad de su renunciación, chispeantes los ojos, adustos los semblantes, listos para lanzarse contra sus verdaderos enemigos, en la inevitable batalla que está por venir.

J. Albertazzi Avendaño

DOS OBRAS

Dos excelentes obras que hará bien en obtener quien quiera que desee conservar en el número de sus libros aquellos que contengan el estudio de los más trascendentales fenómenos sociales que han conmovido al lote humano, son indudablemente

La Historia de la Revolución Francesa

por **Mr. Thiers**

y

Las sectas y las sociedades secretas al través de la Historia

por **Santiago Valentí Camp**.

Son ellas dos preciosos documentos históricos puestos al alcance de todos los bolsillos, ya que su publicación por entregas facilita aun a los más menesterosos la manera de adquirirlos.

Diríjanse solicitudes a la **LECTURA BARATA**, de Falcó, Zeledón y C^ª, esquina frente al Correo, San José, C. R.

BOLETÍN BIBLIOGRÁFICO

LECTURA BARATA, LIBRERIA DE FALCO, ZELEDON & Cía.

LAS NOVEDADES DE LA QUINCENA

PARA LOS MAESTROS:

1. Pestalozzi y la educación elemental, por Gabriel Compayre. 1 volumen rústica. Precio: ₡ 0-65.
2. Cómo Gertrudis enseña a sus hijos, por Pestalozzi. 1 volumen rústica. Precio: ₡ 1-60.
3. Spencer, por Gabriel Compayre. 1 volumen rústica. Precio: ₡ 0-65.
4. La enseñanza de las ciencias físico-químicas y naturales, por Edmundo Lozano. 1 volumen rústica. Precio: ₡ 65.
5. Herbart, por Gabriel Compayre. 1 volumen rústica. Precio: ₡ 0-65.
6. Los juicios sintéticos a priori, por J. Besteiro. 1 volumen rústica. Precio: ₡ 0-50.
7. Resumen de Pedagogía, por W. Rein. 1 volumen rústica. Precio: ₡ 0-65.
8. Lógica, por Abel Rey. 1 volumen pasta. Precio: ₡ 2-60.

PARA LOS ABOGADOS

9. Derecho usual, por Adolfo Posada. 1 volumen pasta. Precio: ₡ 3-50.

LECTURA DE VERANO:

10. Apuntes de un desconocido, preciosa novela de Dostoyevsky. 2 volúmenes pasta. Precio: ₡ 1-00.
11. Minnie, delicada novela de A. Lichtemberger. 1 volumen pasta. Precio: ₡ 0-50.
12. Jacobé, obrera maestra de J. Ruyra. 1 volumen pasta. Precio: ₡ 0-50.
13. La bella dormida en el bosque... novela de Francois de Nion. 1 volumen pasta. Precio ₡ 0-50.
14. El célebre proceso Ferrer; la acusación, la defensa y la sentencia. 1 folleto. Precio: ₡ 0-25.

OBRAS INTERESANTES:

15. Lo que deben saber todas las mujeres, por el Dr. Rómulo Polacco. Un volumen rústica.
La Casa Editorial Muccini, de Barcelo-

na, acaba de editar esta obra. El título es ya un acierto, y corresponde bien a las 300 páginas de conocimientos útiles para la mujer (en su vida social y fisiológica) que el libro contiene.

El autor y el traductor de la obra son médicos conocidos. Precio: ₡ 1-00.

16. Palabras dichas, de Ernesto Martin. 1 volumen rústica.

Con 13 Discursos y Conferencias de nuestro joven y notable orador; piezas valiosas por el fondo y el estilo brillante en que están escritas. Precio: ₡ 1-00.

17. Las sectas y las sociedades secretas a través de la historia, por Santiago Valentí Camp. Entregas de 32 páginas, profusamente ilustradas, de 1 a 40. Precio de la entrega: ₡ 0-25.

18. Historia de la Revolución Francesa, por L. Thiers, cuidadosamente traducida del francés al castellano. Entregas de 1 a 40. Precio por la entrega de 16 páginas: ₡ 0-15.

19. Mis prisiones, de Silvio Pellicó. Nueva edición ilustrada de esta preciosa obra clásica. 1 volumen rústica. Precio: ₡ 1-00.

20. Historia crítica abreviada de Literatura nacional y extranjera, por el prestigiado profesor español H. Giner de los Ríos. 2 volúmenes rústica. Precio: ₡ 2-50.

21. Las Poesías completas del admirable y recordado José Martí, tan gran poeta y filósofo como redentor. 1 volumen rústica. Contiene la obra: *Ismaelillo, Versos sencillos, Versos libres*. Precio: ₡ 3-00.

22. Teatro, de Eduardo Zamacois. 1 volumen rústica. Precio: ₡ 0-50.

23. Vida indiana, de Martín Matos Arvelo. Libro interesante acerca de las costumbres, religión, industrias, etc., de los indios venezolanos. 1 volumen rústica. Precio: ₡ 1-00.

Los residentes fuera de la ciudad, en lugares donde el tren no llega, deben acompañar al precio indicado, DIEZ CÉNTIMOS para el porte de cada tomo.—No se servirá ningún pedido si no viene acompañado del importe.

BIBLIOTECA DOMENECH

CON POCO DINERO

PUEDA CUALQUIERA HACERSE DE UNA INTERESANTE BIBLIOTECA

Cada tomo *lujosamente empastado*, no vale más que 50 céntimos

AGENCIA EXCLUSIVA EN CENTRO AMÉRICA,

LECTURA BARATA, FALCÓ, ZELEDÓN & CÍA

OBRAS PUBLICADAS:

- | | |
|---|--|
| ALMAS ANÓNIMAS, Eduardo Marquina | APUNTES DE UN DESCONOCIDO, 2 tomos,
Fedor Dostoyeuský |
| MANZANA DE ANÍS, Francis Jammes | LAS CEREZAS DEL CEMENTERIO, G. Miró |
| EL CASO LEAVENWORTH; esta obra consta de dos tomos, A. K. Green | EL ESPADA MONTES, Frank Harris |
| JACOBÉ, Joaquín Ruyra | JERUSALÉN EN DALECARLIA, S. Lagerlöf |
| ZALACAÍN EL AVENTURERO, Pío Baroja | LA VOZ DE LAS CAMPANAS, C. Dickens |
| JUVENTUD DE PRÍNCIPE, W. M. Förster | HISTORIAS DE LOCOS, Miguel Sawa |
| TOM SAWYER, DETECTIVE, Mark Twain | NERTO, Federico Mistral |
| EL AMOR CATHDRÁTICO, G. Martínez S. | ANSIAS DE VIDA, Luis Q. Huertos |
| LA ENJUTA, Víctor Catalá | NUESTRAS HERMANAS, Henri Lavedan |
| ¡DIOS SALVE A LA REINA!, Allen Upward | ¿CULPABLE?, W. Le Queux |
| LA BELLA DORMÍA EN EL BOSQUE, François de Nion | EL LUNAR, Alfredo de Musset |
| REBELDÍA, Joaquín Dicenta | POR LA VIDA, J. Pous y Pagés |
| EL SEÑOR DE HALLEBORG, Hedenstjerna | LAS ROCAS BLANCAS, Eduardo Rod |
| KOLSTOMERO, Conde León Tolstói | SU MAJESTAD, Henri Lavedan |
| CASA POR ALQUILAR, Carlos Dickens | EL CADÁVER VIVIENTE, León Tolstói |
| MINNIE, Andrés Litchtenberger | EL REFLUJO, R. L. Stevenson |
| EL DRAGÓN DE FUEGO, Jacinto Benavente | ALMAS EN PENA, Bjornstjerne Bjornson |
| ERNESTINA, Prudencio Bertrana | ERÓTICA, B. Morales San Martín |
| BODA OFICIAL, R. H. Savage | RELATO DE UN NIHILISTA, A. Tchekov |
| EL HURTO SABROSO, novela árabe, traducida por José Carner | EL CUPÓN FALSO, León Tolstói |
| REY EN LA TUMBA, Anthony Hope | MARÍA, Jorge Isaacs |
| FAUSTO, Ivan Turgueneff | DEL HUERTO PROVINCIANO, G. Miró |
| EL SILENCIO, Eduardo Rod | EL SECRETO DEL AHORCADO, C. Dickens |
| | BALADA, R. Sánchez Díaz |
| | EL ABISMO, C. Dickens y W. Collins |

Se atienden órdenes por correo si van acompañadas del importe

LIBRO DE CARMEN LIRA

Deseo que se me considere como suscriptor a la obra de esta escritora nacional. Tomaré _____ ejemplar_____

Nombre _____ Dirección _____